

*Diego Alejandro Hio Rojas**

LECCIONES DEL PASADO LITERARIO GRECORROMANO SOBRE LA PAZ

LESSONS FROM THE GRECO-ROMAN LITERARY PAST ON PEACE

LIÇÕES DO PASSADO LITERÁRIO GRECO-ROMANO SOBRE A PAZ

RESUMEN

El presente artículo analiza los aportes literarios que se hicieron en el mundo grecorromano en relación con las diferentes maneras de concebir la paz. Lo anterior, con el fin de hallar analogías, diferencias y modos de concebir procesos de violencia y entendimiento pacífico entre las partes enfrentadas a partir de sucesos acaecidos en sociedades como la colombiana, en donde la paz se ha visto, en varios momentos prolongados de su existencia, ausente del sentir de las gentes.

Palabras clave: Aristófanes, comedia, épica, guerra, lírica, paz, tragedia, Virgilio.

ABSTRACT

This article analyzes the literary contributions that have been made from the Greco-Roman world in relation to the different ways of conceiving the peace. The above in order to find analogies, differences and ways of conceiving processes of violence and peaceful understanding

between the parties in conflict from events that occurred in societies such as Colombia, where peace has been seen at various prolonged moments of its absent existence of the feeling of the people.

Keywords: Peace, war, tragedy, comedy, lyric, epic, Aristophanes, Virgil.

RESUMO

Este artigo analisa as contribuições literárias feitas no mundo greco-romano em relação às diferentes formas de conceber a paz. O exposto acima, a fim de encontrar analogias, diferenças e formas de conceber processos de violência e entendimento pacífico entre as partes em conflito de eventos que ocorreram em sociedades como a colombiana, onde a paz foi vista em vários momentos prolongados de sua existência ausente do sentimento do povo.

Palavras-chave: paz, guerra, tragédia, comédia, lírica, épica, Aristófanes, Virgílio.

* Licenciado en Lengua Castellana con Especialización en Pedagogía de la Universidad del Tolima. Candidato a magíster en Educación de la Universidad del Tolima. Docente de básica secundaria, Secretaría de Educación Departamental del Tolima. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0869-1649>

INTRODUCCIÓN

Cuando Publio Virgilio Varón, el agudo y cuidadoso poeta romano, cantó la llegada de las bravías gentes que construirían un vasto imperio regido por la imposición del derecho romano, las gladius de las legiones y las costumbres vehiculizadas a través de la lengua latina surgida según la leyenda de boca de los faunos del Lacio, sabía que toda nueva sociedad precisaba de un relato fundacional o de identidad. Si Grecia tenía a la *Iliada* y a la *Odisea* de Homero como los relatos épicos que le daban sentido a la existencia espiritual y filosófica de sus diversos pueblos, Roma debía tener un relato que recordara, como lo hicieran los mencionados poemas épicos griegos, gestas de valentía, arrojo, abnegación por cumplir una meta, deseos de abandonar la lucha, muerte, venganza, amor, hermandad, traición, tentación carnal, misticismo y, finalmente, la reconciliación que aparentemente conduce a una paz (En el caso de la *Odisea* y la *Eneida*).

Los relatos les daban sentido de pertenencia a sus pueblos en la medida en que les otorgaban una identidad definida al desenterrar o revelar un origen común y les brindaban pistas e indicios sobre el destino de las naciones herederas de los acontecimientos de dichos relatos. En otras palabras, eran una inspiración para diseñar las hojas de ruta/cartas de navegación de un pueblo que emergía con renovados bríos de largos periodos de enfrentamientos violentos en donde el fratricidio era moneda corriente. Cabe anotar que el último y mejor llevado intento de hacer de un texto épico un relato nacional se debe a un célebre hijo de la estirpe del dios Luso, Luís Vaz de Camões, quien en sus *Os lusiadas* (1572) dio rienda suelta a un talento conmovedor y titánico al relatar las hazañas de mar, guerra y paz de las naos y carabelas portuguesas en las costas africanas y de las Indias orientales.

Siempre se ha tenido la impresión de que a Virgilio le correspondió un trabajo sacrificado y por tanto

difícil, pues trataba de cantarle no solo al pueblo romano y a su gens, sino también al gran orgullo del emperador Augusto. El mismo que lo había proclamado poeta nacional para que celebrara con su destreza literaria el orgullo de la reestructurada Roma y, de paso, su omnipotencia en el poder imperial. En efecto, la *Eneida* es un texto épico que toma parte de la *Iliada* y más de la *Odisea* para exaltar la supuesta herencia sanguínea-guerrera de los romanos proveniente de las derrotadas huestes troyanas de Príamo luego de los acontecimientos de la *Troia capta*. Pero a diferencia de los héroes aqueos, los héroes troyanos de la *Eneida* son personajes desplazados por la violencia; desterrados de por vida de sus hogares, repletos de *saudades* por sus antiguas viviendas y costumbres (*modus vivendi*) que para muchos se consumieron en las llamas que arrasaron con la hasta entonces inexpugnable ciudad que protegía Neptuno. Quizá por ello sean personajes de esta ciudad en *Las troyanas*, de Eurípides (1995), los que con un enternecedor canto inmortal mejor develan el dolor, la impotencia y la congoja de los derrotados, y son también ellos precisamente por su condición de víctimas los que defienden en sus lúcidos discursos la necesidad de revivir el *ágape* griego o el *caritas* romano, conceptos arropados bajo el manto del sincero amor altruista; amor que conduce a la paz (*eirene*). Cassandra, sabedora de su infortunado destino, lo deja claro en el perenne clamor de su sensatez: “Evitar la guerra, en resumen, es el deber de todo hombre prudente” (Eurípides, 1995, p. 29).

La situación, por muy fatalista y desgarradora que se nos muestre en estos vivos frescos de la antigüedad, no escapa a una analogía con las desventuras de la sociedad colombiana. En ese sentido, ya el ensayista Gabriel Restrepo (2010) había resaltado las diferencias entre las épicas griegas y la *Eneida* en relación con la realidad del país: “A diferencia de la *Iliada* y de la *Odisea*, épicas de vencedores, nos hemos identificado con la *Eneida*, la épica de los desterrados y de los vencidos” (2010, p. 18).

LA SENSIBILIDAD ANTE LA GUERRA

La Eneida nos muestra personajes que son obligados, según los hados, a buscar en otro lugar “su tierra prometida” para perseguir el *fatum* más allá de los mares otrora adversos por mandato de Neptuno a Odiseo (*Odisea*). Conocidas son las palabras de la diosa Venus a su desconcertado hijo profetizándole un nuevo amanecer en dicha tierra en el Canto II: “*Eripe fugam; patrio te limine sistam* [Corre a escape, te pondré en el umbral de la patria]” (Virgilio, 1990, p. 35). Estos son, en definitiva, héroes con esperanza, *ergo*, con causa de hallar una tierra donde fundar una nueva sociedad que les traerá sosiego y paz. Pero es una esperanza que yace sobre los terribles cimientos de la muerte y que se dirige hacia un puerto sin faro, porque el sentir de la incertidumbre y la desazón de los primeros momentos del relato nos recuerdan que los héroes de la *Eneida* nacen de los despojos de la cruenta lid, del destierro obligado ocasionado por el engaño, la lanza y el venablo argivo, así como de la ilusión del porvenir. Ellos, a su vez, nos enseñan que todo relato épico le canta a la vida por encima de las vicisitudes malsanas de la muerte. Y allí radica fundamentalmente la búsqueda de Eneas y su gente: una oportunidad sempiterna de buscar la paz a pesar de los hechos de guerra. Anquises, anciano padre de Eneas, al contemplar las costas italianas en lontananza y augurando vientos belicosos, anida todavía en su interior el sentimiento pacífico de un mañana promisorio:

Guerra traes, tierra que nos recibes:

para la guerra se arman los caballos, guerra amenazan estas bestias.

Pero desde hace tiempo a uncirse al carro están acostumbrados

los mismos cuadrúpedos y a llevar frenos concordes en el yugo:

también esperanza de paz. (Virgilio, 1990, p. 48)

Pero antes de que Virgilio se empeñara en su tarea imperial de ubicar y ensalzar la genealogía divina de los romanos en los destinos de Eneas, el dramaturgo sin parangón de la comedia griega Aristófanes había planteado una irreverente idea de la paz en una memorable pieza para teatro llamada *La Paz*. Esta obra, puesta en escena en el 421 a. C. durante las Dioniseas, nos deja ver una ingeniosa y perspicaz idea de Aristófanes que se enlaza con la búsqueda de Eneas de un mejor porvenir cuando emprende con su héroe Trigeo, un humilde granjero de valentía y humor sobresalientes, la tarea de convencer a la descontenta diosa Paz de la necesidad de su regreso al seno de los golpeados pueblos griegos, quienes se hallaban en esos momentos concretando el tratado de paz de Nicias (una *koiné eirene*) que le ponía fin a la destructiva guerra del Peloponeso.

Siguiendo su particular estilo sarcástico expuesto en otras obras tales como *Las avispas*, *Las ranas* o *Los caballeros*, Aristófanes le da a su obra un fino trato político punzante sin perder un ápice de estética y trata a la paz como a una figura inestable, frágil y volátil, como evidentemente lo es, que fácil se puede encarcelar en las celdas del hambre destructivo de la ira o *khólos*, amar en los deseos del perdón y la fuerza de la resiliencia, secuestrar en las justas impulsadas por los tambores y los discursos belicistas y recuperar, cuando los bandos enfrentados entienden que a pesar de los héroes y hazañas en combate que surgen durante la confrontación, los sentimientos de fraternidad y buen entendimiento de las consecuencias de sus acciones, *a posteriori*, priman por encima de la probada heroicidad de un bando respecto al otro.

Es allí cuando se obtiene la madurez que provee la suficiente consciencia de la reconciliación luego de las atrocidades de la barbarie bélica que a todos han afectado por igual, justo como lo advierte

William Ospina: “Lo que hace que una guerra sea una guerra es que ha pasado del nivel del crimen al de una inmensa tragedia colectiva...” (15 de abril de 2016). Eneas, el “mesías” del Lacio, cuya tarea divina ha sido la de unificar a las tribus de Italia para hacer real el designio de fundar una nueva nación, en el fondo entiende que luego de las justas trágicas sucede la tranquilidad de la paz o, al menos, la ausencia de guerra que no necesariamente implica una vivencia pacífica y que más se asocia a los ires y venires discursivos y de acción propios de la *Pax romana*. Pero tal y como acontece con Trigeo, Eneas también sabe que la paz vale la pena y no llega fácilmente a una sociedad si no es cultivada; no es tan dócil y maleable como muchos pretenden hacerla creer, y que para verla florecer en los usuales campos de la lucha fratricida y del agravio, primero hay que sembrarla cuidadosamente y volverla a enamorar con promesas de franco cambio como intentó hacerlo el listo Trigeo al momento de ir a su rescate al lejano Olimpo, sin más armas que su creencia en el deber de la contemplación veraz de la paz. Porque al igual que la rosa solo será verdaderamente rosa con significado profundo en el momento en que “sea acariciada por la contemplación” como lo afirma Zweig (2016), así mismo la paz solo será la paz cuando alguien le cante francamente con sus más puras sensaciones. Solo allí cobra sentido la paz y Trigeo ciertamente la divinizaba y se ofrecía a servirle como su profeta y heraldo, puesto que, aun teniendo a la personificación de la guerra en frente suyo, musita: “¡Qué gran mal es la sola visión de la guerra!” (Aristófanes, citado en De Asas, s. f., p. 40).

En este punto, surgen incógnitas interesantes: ¿cómo se recupera el ansiado favor de la diosa paz en pueblos que la han aborrecido durante mucho tiempo?, o ¿quiénes son los encargados de promoverla en pueblos devastados por la violencia? De nuevo Aristófanes, obrando como un artista consciente del clamor común de las gentes que más sufren la guerra, parece tener la respuesta. Solo

pueden recuperarla o rescatarla realmente del olvido aquellos que más han padecido los brutales embates de la confrontación armada, es decir, los vulnerables de la sociedad. Los mismos que han puesto injustamente la cuota más alta de vidas en las guerras proyectadas y promovidas por los poderes que cada sociedad ha edificado. No son los líderes políticos, militares o religiosos los encargados de hablar ante la paz para implorar por su regreso debido a que esa tarea cae justamente en manos de aquellos humildes campesinos y demás trabajadores que, como Trigeo, anhelan un nuevo amanecer lleno de prosperidad en sus vidas. Por lo anterior, tal vez, logremos atisbar la ansiedad de paz que en la comedia de Aristófanes los personajes destilan a cántaros: “Hoy me rebosa el júbilo; río y alboroto; para mí, el dejar el escudo es tan grato como despojarme de la vejez” (De Asas, s. f., p. 9).

Son las tradicionales víctimas del hierro de la espada las que con un sentido valor de la paz desean escuchar una vez más al gallo de la esperanza que evoca Plutarco cuando afirma que la salida del sol debe indicarse con las trompetas en tiempos de guerra y con el gallo en tiempos de paz (Bastús, 1833). Solo ellos tienen la potestad de ir a conversar de cara con la paz y traerla de vuelta a los hogares que una vez la rechazaron. Todo ello debido a que las frágiles y frecuentemente olvidadas víctimas entienden, con más razón que sus gobernantes, que para alcanzar la paz hay que ir a buscarla por cuenta propia. No se puede cesar en acomodarla de nuevo en los corazones que aún guardan la esperanza de no vislumbrar más pérdidas de generaciones enteras de jóvenes en los campos de batalla. Por lo anterior, tal vez podamos entender el alegato pacifista de Teseo al Heraldo de Tebas aparecido en *Las suplicantes*, de Eurípides: “¿Cómo es posible que una nación llegue a ser poderosa, cuando se suprime la gallardía y se siega a la juventud como a las espigas de un trigal en primavera?” (1995, p. 29).

Tomando como referencia los escritos de Eurípides, Aristófanes y hasta del mismo Homero, Lawrence A. Tritle, en un ensayo titulado *War and Peace in The Ancient World*, sostiene la tesis de que los antiguos griegos observaban claramente las consecuencias del horror de la guerra y que no pocos defendían el derecho a buscar los medios para evitarla a toda costa: “[...] *there were intellectuals like Aristophanes, who saw that war was not the only or right solution — he realized that efforts to find peace were crucial*” (2007, p. 185). Esa postura “rebelde” de muchos destacados hombres de la Antigüedad griega y del periodo helénico pasó después a Roma y, como era de esperarse, obtuvo numerosos detractores entre las facciones de los apasionados guerreristas de los cuales Roma tanto se enorgullecía. Estas versadas personas entendían que toda guerra era fácilmente evitable, aunque en muchos casos fuera esta la que paradójicamente, y *a posteriori*, permitiera a un país vivir en armonía. Propertio, el poeta romano del siglo I a. C., evidentemente afectado por las nefastas consecuencias de las cruentas guerras sin fin entre Roma y el imperio Parto, escribe en el séptimo poema de su segundo libro lo siguiente: “*Unde mihi Parthis natos praebere triumphis? nullus de nostro sanguine miles erit. I ¿Traer niños? ¿Para una victoria contra los partos? De nuestra sangre no saldrá un soldado*” (Propertio, citado en Stroh, 2012, p. 107). Parece ser que esa no es solamente la voz aislada de Propertio como no la es la de Eurípides en *Las suplicantes* y *Las troyanas*, sino la de todo un conglomerado de gentes que ya están aburridas de los abusos de la confrontación armada, los reclutamientos forzados y los impuestos económicos para la guerra. En ese sentido, Propertio se hermana con algunos dramaturgos griegos al asumir la voz popular del disenso y llevarla de forma depurada, pero con la misma fuerza y fervor del clamor de los humildes, a la elevación del arte.

Si con Virgilio se evidencia un doloroso y no poco violento intento por encontrar un lugar ya predeterminado donde hallar la paz, en los dramaturgos

griegos y en algunos poetas romanos descubrimos que los rumbos sobre el asunto están dirigidos a mantener y reforzar la débil posición de la paz o, en algunos casos, a desenmarañar los hostiles caminos que pueden volver a conducir a ella.

En el caso de la longeva violencia en Colombia, ¿cuál sería el camino efectivo para alcanzar de nuevo los favores de la paz verdadera? Pareciera que los dos, quizá hallar la paz que nunca ha estado del todo presente y mantener las condiciones que posibiliten descubrirla. El primer paso sería fortalecer dichas condiciones primero en nosotros mismos hasta convertirlas en un bastión, y luego entre las comunidades en donde nos desenvolvemos como seres sociales. Si debemos tomar los dos caminos, entonces, como lo escribió Gabriel Restrepo (2010, p. 40), reencarnamos a Eneas, 33 veces llamado “el piadoso”, y no a Odiseo, paradigma de fuerza, engaño, astucia y abandono. Hemos sido, durante estos años de incesante y cruenta ‘batalla’, buscadores de una sólida y hasta ahora quimérica cultura de paz; vagamos errantes, como Eneas, en un desierto de luchas atroces tratando de conservar los momentos de hermandad y buen entendimiento que aún sobreviven a las agresivas acciones que intentan perturbar las vidas que sueñan con otras oportunidades de ser sobre este territorio.

Volamos también sobre el corcel de nuestras ilusiones altruistas al encuentro de la paz, como Trigeo, para verla de frente y pedirle que se instale cuanto antes en una sociedad sedienta de *ágape*. Muchos han sido los fracasos para atraerla, pero los intentos para reconciliarnos con la paz nunca sobrarán o dejarán de ser inoportunos, máxime en un país donde las guerras han afectado de varias maneras a la mayoría de los habitantes y en donde, al escuchar relatos de muerte, se percibe de fondo el eco del lúgubre coro de las derrotadas troyanas que a todos nos envuelve y conmueve por su cercanía con la aflicción nacional: “Tu calamidad es igual a la mía; al llorar tu suerte recuerdas mis penas”

(Eurípides, 1983, p. 27). Porque en el fondo hasta los victimarios son víctimas de este sangriento conflicto que se ha llevado consigo gran parte de las sonrisas de la esperanza.

Empero, si algo nos recuerdan los relatos literarios clásicos, es que la esperanza no se extingue del todo debido a que estos conservan el sentir y los anhelos de los inconformes; de los que muchas veces se pronuncian con parresía ante el poder de los señores de la guerra y alzan su voz a pesar de las oprobiosas consecuencias. Presenciamos, de mano de la lírica virgiliana en *Las églogas*, el descontento por las guerras civiles de los pastores de ovejas, quienes se impacientan por el futuro de sus vidas y de sus tierras en un principio:

¿Un impío soldado poseerá estos barbechos tan bien cultivados? ¿un extranjero estas mieses? ¿Mira a qué estado ha traído la discordia a los míseros ciudadanos! ¿Mira para quién hemos labrado nuestras tierras! (...) Id, cabrillas mías, rebaño feliz en otro tiempo; ya no os veré de lejos, tendido en una verde gruta, suspendidas de las retamosas peñas. (Editorial Edaf, 1967, p. 8)

Mas luego, en una respuesta repleta de cariño y empatía por el prójimo, otro pastor, que sufre las mismas penurias del otro, abriga la sincera conmiseración con los suyos que cultiva desde su hogar como un tesoro inexpugnable y le propone: “Bien pudieras empero, descansar aquí conmigo esta noche en la verde enramada; tengo dulces manzanas, castañas cocidas y queso abundante” (Editorial Edaf, 1967, p. 8).

Descubrimos, siguiendo con lo anterior, que estos relatos abogan por la paz y la armonía de los pueblos que han sufrido tormentosos años de guerras, y nos enseñan en retratos inmortales que incluso en plena batalla se pueden escuchar propuestas amistosas tendientes a crear calurosos puentes

de esperanza y reconciliación como la de Héctor a Ayax en la *Iliada*: “¡Ea! Hagámonos magníficos regalos para que digan aqueos y teucros: combatieron con roedor encono, y se separaron por la amistad unidos” (Homero, 1990, p. 157). Todo lo anterior nos demuestra que, aun en los albores y epílogos de la lid, los hombres se pueden dar la oportunidad del diálogo y del agasajo mutuo, puesto que siempre habrá dos opciones que se pueden tomar *ante bellum* con efectos variables de acuerdo con la decisión tomada y que se resumen en las siguientes alternativas: ir o no ir a los campos de batalla.

Esa es la gran y trascendental decisión que cada país debe elegir en tiempos de álgida convulsión de discursos radicalizados por las pasiones de la sin-razón del momento. Los relatos de la literatura clásica grecorromana pueden servir para observar y analizar las lecciones del pasado en su aplicación a las difíciles realidades del confuso presente y, de esta manera, pregonar la fuerza del amor y de la sana convivencia por sobre las decisiones que otras voluntades insidiosas pretenden hacer valer por imperativos sociales. Dicha fuerza de cambio benévolo debe ser creativa e innovadora, como lo escribe Mary Shelley en el prólogo de *Frankenstein*: “La invención consiste en la capacidad de captar las posibilidades de un tema, y en el poder de moldear y vestir las ideas que este sugiere” (Ospina, 2015, p. 175). Quizá, las decisiones sobre cómo actuar para lograr una verdadera paz sean dolorosas, porque conllevan consecuencias muchas veces no esperadas que deberán luego estar ineludiblemente consignadas en el magno relato nacional que entre todos debemos construir por encima de la horrible noche que nos acobija.

Teniendo esto en cuenta, ya Eurípides, como gran observador de su tiempo, había expuesto la necesidad de contar con ciudadanos conscientes y críticos de los actos perniciosos de quienes ostentan poderes de ejecución dentro de una sociedad que coadyuvan a fomentar hechos de conflicto. Es por

ello que el dramaturgo pone en boca del Heraldo de Tebas uno de los diálogos más famosos de *Las suplicantes*, que se nos presenta a manera de insulmo en estos periodos de poco consenso frente a las maneras de encaminar soluciones perennes:

Cuando un pueblo vota la guerra, nadie hace cálculos sobre su propia muerte y suele atribuir a otros esta desgracia. Porque si la muerte estuviera a la vista en el momento de arrojar el voto, Grecia no perecería jamás enloquecida por las armas. Y eso que todos los hombres conocemos entre dos decisiones — una buena y una mala— cuál es la mejor. Sabemos en qué medida es para los mortales mejor la paz que la guerra. (Eurípides, 1995 p. 31)

También Aristófanes, en su comedia *Las acaer-nienses*, adhiere afortunadamente a la decisión de implicarse en menesteres políticos en la medida en que comprende que de esta actividad depende en mucho el derrotero armonioso de la sociedad. De este modo, lo deja consignado en boca de un desamparado personaje: “No os ofendáis espectadores, de que siendo un mendigo me atreva a hablar de política en una comedia, pues también la comedia conoce lo que es justo. Yo os diré palabras amargas, pero verdaderas” (Editorial Edaf, 1962, p. 1325).

Para algunos espíritus sensibles de la Antigüedad, la paz era un concepto que iba más allá de un estado de serenidad social palpable principalmente en la desaparición de una pugna degradante. La paz para estos autores, que se desprendían del consenso alentado por la historia, así como la serpiente abandona su piel, se convertía en uno de los puntos nodales para disfrutar de una completa sensación de amor con las personas y con el mundo. Se trataba de una amena comunión *sine qua non* idónea para concebir otro tipo de existencia con enjundia; sin duda, más subjetiva pero no menos gozosa y mágica, que nos hace pensar en una eta-

pa superior de relacionamiento con tan movedizo concepto que parece siempre llamar a la puerta desde diferentes direcciones para inundarnos con sus destilados manantiales de avenencia capaces de ocasionar un estallido genuino de ventura en nuestro ser, que ni siquiera los más finos y exquisitos tesoros pueden provocar. Probado está, como anuncia Carlos García Gaul (2017) citando a E. Cassier, que el lenguaje literario deja ver más las huellas del espíritu de los tiempos que la cultura ha legado, con todo y sus diversas contingencias, en comparación con los trabajos históricos o filosóficos que se han construido sobre bases quizá más estrictas y metodológicas, puesto que la literatura descubre lo inefable que moviliza el *ethos* de los épocas y no se sirve de él para juzgarlo cuando a la buena literatura se ha dedicado un autor. Cassier escribe:

El arte y la historia representan los instrumentos más poderosos en nuestro estudio de la naturaleza humana. ¿Qué conoceríamos del hombre sin estas dos fuentes de información? Dependeríamos de los datos de nuestra vida personal, que solo nos pueden proporcionar una visión subjetiva y que, en el mejor de los casos, no son más que fragmentos dispersos del espejo roto de la humanidad. En realidad, si deseamos contemplar el cuadro esbozado por estos datos introspectivos, tenemos que apelar a métodos más objetivos; hacer experimentos psicológicos o recoger hechos estadísticos. Pero, a pesar de esto, nuestro retrato del hombre sería inerte y sin color. Encontraríamos al hombre medio, el hombre de nuestro trato práctico y social cotidiano. En las grandes obras de historia y de arte comenzamos a ver, tras esta máscara del hombre convencional, los rasgos del hombre real, individual. Para encontrarlo tenemos que acudir a los grandes historiadores o a los grandes poetas, a los escritores trágicos, como Eurípides o Shakespeare; a los escritores cómicos, como Cervantes, Molière o Laurence

Sterne, o a nuestros novelistas modernos, como Dickens o Thackeray, Balzac o Flaubert, Gógol o Dostoievski. (2017, p, 36).

El latido de los tiempos presentes en sociedades como las latinoamericanas indica que las normas de convivencia que aúpan el respeto por el otro en todas sus dimensiones se han basado en acuerdos pírricos de sospechosa confianza y dudosa durabilidad. Por tanto, si nos ha correspondido encaminarnos en veredas de grandes púas y agujones, a la manera de Eneas, es tarea común procurar observar con ojos de humildad las enseñanzas que nos ha legado la humanidad precedente, y entender que sus sufrimientos y proezas repletas de polifonías van más allá de un valor estético plasmado en los libros. De esa manera, lograríamos sortear con menos torpeza y más orgullo las correspondientes púas y agujones que las propias decisiones históricas nos convoca a enfrentar diariamente. Leer críticamente, ergo, con cautelosa atención a los clásicos en tiempos de ansiada concordia y entendimiento, invita a considerar también las advertencias propias del oficio, como lo afirma Jorge Larrosa:

La lectura, como el fármaco, el viaje, o traducción, es algo que forma o transforma al lector. La lectura es algo peligroso: el fármaco puede ser remedio o veneno; el viaje puede ser útil pero también puede hacer que el viajero se descarríe y se extravíe; y la traducción puede hacer estallar la estabilidad de la propia lengua. (2011).

A pesar de los consensos y disensos que pudieran existir respecto al tópico anterior, es inevitable y necesario enmarcar las analogías de las ilusiones, padecimientos, alegrías, querellas y necesidades que han hermanado a las sociedades, con las sensaciones y experiencias de nosotros mismos como seres constituyentes de una sociedad.

No capitular en los diferentes empeños por evitar al máximo las muertes que carcomen lentamente a las gentes induce a pensar que las soluciones para tal fin, por alocadas que sean, surten efecto si son bien intencionadas. Ejemplo de lo anterior es el discurso de Lisístrata a las demás ciudadanas atenienses, quienes cansadas de que sus esposos se maten entre sí en guerras que, a juicio de ellas, solo les conviene a unos pocos hombres orgullosos y que, de paso, deja a muchos seres queridos atrás en la completa zozobra por el futuro de sus familiares, deciden por consenso llamar la atención de una forma poco ortodoxa. Este perspicaz personaje de Aristófanes congrega a las demás mujeres y les propone una huelga sexual como solución directa a la idiotez masculina de asesinarse en los campos de batalla. Solo cuando los hombres firman la paz estable y duradera, las mujeres accederán de nuevo a tener sexo con ellos: “Pues bien, os lo diré: ya no hay para qué ocultaros nada. ¡Oh mujeres!, si queremos obligar a los hombres a hacer la paz, es preciso abstenernos [...]”. (Editorial Edaf, 1962, p. 1825). Evidentemente, los hombres no harían caso omiso a tal decisión y rápidamente convocan a una asamblea con Lisístrata para llegar a un acuerdo. Dicho pacto se cimienta, cómo no, con base en la firma irrevocable de la paz entre los beligerantes. Así lo expresa el magistrado a un mensajero en su afán por dar pronta solución a la demanda: “Es una conspiración tramada por las mujeres de todos los países. Ahora lo comprendo todo. Vete cuanto antes y di a los lacedemonios que manden embajadores con plenos poderes para tratar la paz. Yo voy a decir al senado que os envíe otros; me bastará para persuadirle el hacerle ver nuestra situación” (Editorial Edaf, 1962, p. 1873).

El ejemplo descrito puede provocar cierta jocosidad en el lector, de hecho, aquel era uno de los propósitos de Aristófanes; sin embargo, deja latente la incesante genialidad del mundo antiguo por buscar la concertación de las voces enfrentadas. Difícil no abstenerse al sentimiento de un *laudator temporis acti* al acercarnos a esta manera única

de apreciar los favores que puede conllevar la anhelada paz. También nos deja ver, por otra parte, la maleabilidad de los guerreros, quienes llevados primero a la confrontación armada por una furia similar a la *menis* de Aquiles, retornan sin victorias ni trofeos fruto de despojos a sus hogares ante la rebelión femenina y se someten a sus deseos; por lo cual, la guerra, en la mayoría de los casos, no sería más que la construcción colectiva de un capricho argumentado altamente erosionado. Se alimenta esta de pasiones y discursos corrosivos que envenenan el alma de los tiempos y responde con la ignominia de la ceguera armada a los desafíos de los ladridos del odio; no obstante, dentro de los que luchan estas guerras ha persistido desde antaño la inconformidad que lentamente va creciendo con el fluir de la sangre, hasta volverse un clamor de sentida protesta: “Muchos trabajos he sufrido y muchas veces he dormido sobre la dura tierra... Y también desde hace mucho tiempo parecemos y nos maltratan, haciéndonos ir y venir al Liceo con lanza y escudo” (De Asas, s. f., p. 42).

CONCLUSIÓN

La literatura clásica grecorromana logra todavía en tiempos contemporáneos suscitar pasiones, enternecimiento y admiración en los lectores que aprecian los constructos de significado y profunda universalidad de los antiguos, por ello, las palabras del filósofo Fernando González no resultan ajenas desde un contexto colombiano necesitado de aquellas reflexiones: “Quiero tener la inocencia de la vida griega y que en Colombia me llamen impuro. Prefiero ser hijo de la vida, palpitante, armonioso, y no un santo de palo, como esos suramericanos hijos del pecado y de la miseria” (Ramírez, s. f.). Observar las muestras que el arte escrito erigió con respecto a la convivencia basada en el respeto invita a conclusiones como la de fray Buenaventura de Asas, quien al concluir un donairoso estudio de Aristófanes, añade con acierto: “Con la figura de

Trigeo, logró dar Aristófanes a sus anhelos de paz una expresión casi obsesiva y alcanzar, teniendo en cuenta la completa ausencia de ambiente favorable, alturas trágicas” (De Asas, s. f., p. 51).

El reflejo de la violencia en el arte, si bien resulta atractivo como lo sugería Borges en un poema: “Me asombra que la espada cruel pueda ser hermosa” (Ospina, 2008, p. 15), también rememora que estos actos de obscena confrontación tienen su hogar más reflexivo y encantador cuando reposan sobre el acogedor y a la vez penetrante seno de la literatura en sus diversas manifestaciones. Solo allí, en esa vivienda de las ideas y la inmortalidad, el gozo por la bienvenida de la paz puede ser celebrado a la manera del coro al final de la comedia *La Paz*:

¡Salve, salve, oh queridísima! Has venido por fin a nosotros alegres. El deseo de ti nos abatía, oh divina, suspirando por volver al campo. Tú eras para nosotros, para los que llevábamos una vida campestre, el mayor de los bienes, oh suspirada. Tú sola nos ayudabas. Pues en otro tiempo, cuando tú reinabas, disfrutábamos, sin dispendios, de grandes y apetecibles dulzuras pues tú eras para los campesinos el pan reciente y la salvación. Por eso las vides y las jóvenes higueras y todas las otras plantas sonreirán alegres cuando te hospeden. (Editorial Edaf, 1962, p. 1671)

Hace falta que en países como Colombia se sienta esa franca devoción capaz de hacer vibrar las fibras de las gentes y encaminar los rumbos perdidos que las guerras han truncado, gracias a que son más los que anhelan el deseo de saborear la copa de la fraternidad y el manjar del entendimiento mutuo. De ahí que, siendo Colombia un país que ha trasegado por cruentos conflictos a lo largo de su historia, motivados por intereses de diverso orden, no sea difícil encontrar puntos en común en relación con las épocas de violencia que los relatos de la

literatura antigua occidental han legado. Pues allí están impresas las voluntades de unos sobre otros, las tragedias comunes que enlutan a los pueblos, la memoria colectiva repleta de redención, alteridad, venganza y, finalmente, el acuerdo entre las partes que conduce a la paz.

Todos los aspectos antes referenciados están presentes en la realidad colombiana, de tal manera que cada persona tiene un marco de conocimiento propio surgido a partir de las experiencias vividas; por tanto, la cercanía de las narraciones grecorromanas respecto al sentir de la búsqueda de la paz en Colombia es aproximada, hasta el punto que se podría escribir el relato de la tragedia nacional como si fuera un relato más dentro del género que continúa la senda ya marcada por los autores grecolatinos. El estudio de estos fenómenos, traídos a colación por los relatos antiguos clásicos, puede brindar respuestas sobre el camino que ha tomado la realidad colombiana y, de paso, orientar con luces claras las posibles soluciones a estas querellas, con el fin de que estos relatos no se conviertan en páginas que en Colombia se deban repetir una y otra vez en un ciclo *ad perpetuam*.

De nuevo Propercio, todo ímpetu y afectación en sus concepciones de amor, eleva un canto incesante que confirma su regocijo al saberse descubridor del sentido del amor y, por extensión, de la paz que todos los pueblos del mundo siempre han buscado:

Amor es un dios de paz, a la paz veneramos los enamorados:

duras solo son las batallas que sostengo con mi dueña.

Y todavía mi corazón no se atormenta con el odioso oro,

ni necesito saciar mi sed en copas de joyas preciosas, [...]. (1989, p. 19).

REFERENCIAS

- De Asas, B. (s. f.). “*La Paz*” de *Aristófanes*. Universidad Pontificia de Salamanca. <https://summa.upsa.es/high.raw?id=0000002353&name=00000001.original.pdf>
- Editorial Edaf. (1962). *Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Menandro. Teatro griego*. Editorial Edaf.
- Editorial Edaf. (1967). *Poetas Latinos. Horacio, Virgilio, Ovidio*. Editorial Edaf.
- Eurípides. (1983). *Tragedias*. Editorial Edaf.
- Eurípides. (1995). *Las suplicantes*. Editorial Gredos.
- García Gual, C. (2017). *La luz de los lejanos faros*. Editorial Ariel.
- Homero. (1990). *Iliada*. Libresa.
- Joaquín Bastús, V. (1833). *Diccionario histórico enciclopédico*. Imprenta de Boca.
- Larrosa, J. (2011). *La experiencia de la lectura*. Fondo de Cultura Económica.
- Ospina, W. (2008). *La escuela de la noche*. Random House.
- Ospina, W. (2015). *El año del verano que nunca llegó*. Random House.
- Ospina, W. (2016, 15 de abril). Al final. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/opinion/al-final>
- Propercio. (1989). *Elegías*. Editorial Gredos S.A.
- Ramírez, É. A. (s. f.). *El pensamiento de Fernando González Ochoa*. Otraparte. de <https://www.otraparte.org/fernando-gonzalez/vida/ramirez-edgar-1.html>

Restrepo, G. (2010). La clave de Melquíades. *Revista Aquelarre*, (18), 37-49. http://administrativos.ut.edu.co/images/VICEHUMANO/centro_cultural/aquelarre/Aquelarre_18.pdf

Stroh, W. (2012). *El latín ha muerto, ¡viva el latín! Breve historia de una gran lengua*. Ediciones del Subsuelo.

Tritle, L. A. (2007). *War and Peace in The Ancient world*. Blackwell Publishing.

Virgilio. P. (1990). *Eneida*. Alianza Editorial.

Zweig. S. (2016). *La lucha contra el demonio*. Greenbooks Editores.